RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Rossi, Luis Alejandro

La política del heroísmo : Ernst Jünger entre 1920 y 1932

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Rossi, L. A. (2003). La política del heroísmo: Ernst Jünger entre 1920 y 1932. Prismas, 7(7), 51-71. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2384

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

La política del heroísmo: Ernst Jünger entre 1920 y 1932[*]

Luis Alejandro Rossi

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires

El término "lucha" parece alcanzar una ubicuidad notable en la cultura alemana de las dos primeras décadas del siglo XX. *Mi lucha* rezaba el título de la obra con la que Hitler buscaba justificar y exponer sus políticas escrita en 1924, durante su prisión en Landsberg. No nos ocuparemos especialmente de cómo "lucha" es utilizado por el futuro dictador alemán, aunque debemos retener que la invocación del término remite a un clima de ideas que resulta de manera inmediata de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial y cuyos antecedentes más remotos pueden remontarse a la segunda mitad del siglo XIX. Este nuevo ambiente espiritual encontrará su expresión más popular en la que se llamó "novela del frente", cuyo representante más destacado es la obra de Ernst Jünger, *Tempestades de acero*.[1] Si bien este tipo de literatura proliferó durante toda la década de 1920 y primera mitad de la de 1930, alcanza su apogeo en el quinquenio 1925-1930. El desarrollo de esta literatura es un aspecto cultural central del nacionalismo radical alemán en las primeras décadas del siglo XX. Según Johannes Volmert, la difusión y la popularidad de la novela de Jünger dentro de ese conglomerado tiene dos causas principales: la primera, la necesidad de negar la humillación producida por la derrota en el ánimo colectivo y en la valoración propia de la nación y la segunda, el hecho de presentar un relato de la guerra que, además de tener una forma literaria exigente y permitir la identificación con los protagonistas, posee también una importante función como instrumento de propaganda al servicio de una nueva militarización de la política.[2] Asimismo, y como antecedente más remoto, su exaltación de la lucha y la idealización de la guerra se pueden comprender desde el trasfondo otorgado por el paulatino desarrollo de una mentalidad peculiar derivada de la difusión de la teoría darwiniana en Alemania, así como de la filosofía de Nietzsche. Esta exaltación de la lucha tiene también trazas romantizantes que aparecen simbolizadas en la simplificación sumaria de que "toda vida en este universo significa lucha".[3] Cabe notar, sin

* Agradezco la generosidad con que José Fernández Vega y Ricardo Ibarlucía compartieron conmigo material bibliográfico sobre la obra de Ernst Jünger.

[1] Ernst Jünger, *In Stahlgewittern* (1920). Citamos según la traducción al español de la sexta y última edición (1960) de Andrés Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1987.

[2] Cf. J. Volmert, *Ernst Jünger: "In Stahlgewittern"*, Munich, Wilhelm Fink Verlag, 1985, p. 7.

[3] Así afirmaba Hitler en un folleto secreto escrito para los industriales *(El camino hacia el resurgimiento)* en el año 1927, citado por Karl Prümm en "Das Erbe der Front. Der antidemokratische Kriegsroman", en Horst Denkler y Karl Prümm (eds.), *Die deutsche Literatur im Dritten Reich*, Stuttgart, Philipp Reclam, junio de 1976, p. 138.

embargo, que esta concepción, más allá de la variedad de los antecedentes, adquiere en este contexto un carácter claramente nacionalista. Ello se hace evidente si atendemos a lo siguiente: la idea de que la lucha es constitutiva de la realidad y se manifiesta en todos sus niveles –esto es, entendida como una especie de principio cósmico– ya puede encontrarse en los escritores románticos. Por lo demás, es inevitable la referencia al impacto cultural producido por la teoría de Darwin, que hace de la lucha entre las especies y de la supervivencia del más apto el tema central en el estudio de la evolución. Durante la segunda mitad del siglo XIX, el marxismo, comenzando por su fundador, así como algunos pensadores liberales, había intentado utilizar la teoría darwiniana como fuente y modelo de una sociología posible, elevando el problema del conflicto a categoría central en la comprensión de la sociedad, con lo cual el término va perdiendo su connotación ontológica y su significado remite esencialmente a la importancia de la conceptualización del conflicto para la comprensión de la sociedad y de la política. Mientras que los marxistas entienden la lucha como lucha de clases en el interior de la sociedad capitalista y los liberales como lucha económica entre los individuos dentro de una misma sociedad, en los ambientes nacionalistas alemanes de fin del siglo XIX la lucha se entenderá primariamente como autoafirmación nacional de la comunidad frente al enemigo externo. A diferencia del ámbito anglosajón, en el cual se designaba como "socialdarwinismo" a las versiones extremas del liberalismo, como, por ejemplo, podemos encontrarlo en la obra de Herbert Spencer, en la cultura alemana este término carece de relación alguna con el liberalismo en cualquiera de sus formas y más bien designa el conglomerado de escritos que tienden a justificar el imperialismo y la política de agresión hacia el exterior. En la obra de Alexander Tille, *Von Darwin zu Nietzsche. Ein Buch Entwicklungsethik* (1895),[4] los motivos nietzscheanos se combinan con la fundamentación seudobiológica que justifique la conquista de territorios por "los más fuertes". En la geografía de Friedrich Ratzel y su concepto de *Lebensraum* (espacio vital) encontraremos el intento por dar una exposición antropológico-geográfica de la dimensión espacial en que tiene lugar la lucha entre las especies expuesta por Darwin. El concepto de "espacio vital" hará una rápida carrera en los círculos nacionalistas radicales a partir de su formulación por Ratzel en 1901[5] y, paralelamente, se observará la traducción inmediata del término biológico "especie" como sinónimo de "nación" y de "raza". Asimismo, la difusión de la filosofía de Nietzsche, con su afirmación de la idea del superhombre, de una moral aristocrática y su rechazo radical a cualquier igualitarismo, da el trasfondo en que la moral del heroísmo puede presentarse como valor supremo. Puede argumentarse que la interpretación que de Nietzsche se hace en las tres primeras décadas del siglo deja de lado importantes aspectos de su obra, así como se pasan por alto las invectivas nietzscheanas contra los nacionalismos europeos (especialmente el alemán). Sin embargo, los elogios del filósofo a las virtudes marciales,[6] al igual que su repulsa absoluta de los ideales igualitarios y

[4] Sobre Tille, cf. Jost Hermand, *Der alte Traum vom neuen Reich. Völkische Utopien und Nationalsozialismus*, Weinheim, Beltz, 1991, pp. 53-54.

[5] Apareció publicado bajo el título "Der Lebensraum: Eine biogeographische Studie", en K. Bücher, K. V. Fricker *et al.*, *Festgaben für Albert Schäffle zur siebenzigsten Widerkehr seines Geburtstages am 24. Februar 1901*, Tübingen, 1901, pp. 101-189. Sobre la relación de F. Ratzel con el nacionalismo radical en la época guillermina cf. Woodruff D. Smith, *Politics and the Sciences of Culture in Germany, 1840-1920*, Nueva York, Oxford, 1991, cap. 12.

[6] Cf. el aforismo 40, "Sobre la falta de una forma distinguida": "Los soldados y sus jefes mantienen siempre entre sí una relación muy superior a la que mantienen trabajadores y empresarios. Por ahora por lo menos, toda cultura fundada militarmente está todavía con mucho por encima de toda cultura que se llama industrial". Cf. Friedrich

humanitarios fueron los temas que alcanzaron mayor difusión. Incluso se puede decir que la escritura fragmentaria de Nietzsche favorece esta forma de interpretación en *collage* y facilita su utilización política.

El hombre y la guerra

Este conglomerado ideológico se muestra en acción en la obra de Ernst Jünger entre los años 1920 y 1932. Tanto en sus novelas sobre el frente de la Primera Guerra Mundial, como en sus libros de ensayos y en sus artículos políticos podemos encontrar la exaltación de la lucha y del heroísmo y de la guerra como forma de vida suprema. No obstante, sus escritos tienen una originalidad distintiva, ya que todo ello está enmarcado en un interés creciente por el impacto de la técnica en la vida humana y en un nihilismo de raíces nietzscheanas. Si bien Jünger no fue el único escritor de "novelas del frente", sin duda fue el más importante,[7] no sólo por su calidad literaria, sino también porque lleva a cabo simultáneamente una intensa actividad publicística en revistas nacionalistas y se convierte en una de las figuras más destacadas de la escena política nacionalista en Alemania.[8] Jünger es el autor que mejor representa este espíritu de la época y en sus escritos vuelve al tratamiento de estos temas una y otra vez. Además de *Tempestades de acero*, su obra narrativa más destacada en esos años es *Das Wäldchen 125. Eine Chronik aus den Grabenkämpfen 1918* (El bosquecillo 125. Una crónica de la lucha de trincheras en 1918), de 1925. Muy importante fue, asimismo, su producción ensayística, en la que se destaca *Der Kampf als inneres Erlebnis* (La lucha como experiencia interior), de 1922, *Die totale Mobilmachung* (La movilización total), de 1930, y *Der Arbeiter* (El Trabajador), de 1932.

Las primeras ediciones de *Tempestades de acero*, durante la década de 1920, llevaban el subtítulo: "De los diarios de un oficial de grupo de asalto". Ese oficial es, precisamente, Ernst Jünger. La novela narra la transformación del autor, desde su enrolamiento como voluntario cuando se da la orden de movilización general a fines de julio de 1914, hasta el 22 de septiembre de 1918, día en que se le otorga la más alta condecoración alemana, la orden *Pour le Mérite*, mientras se repone en un hospital en la retaguardia. Hablamos de "transformación" y no simplemente de un proceso de aprendizaje porque el cambio operado no es meramente el

---

Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft* [traducción castellana de L. Jiménez Moreno, *El gay saber*, Madrid, Espasa Calpe, 1986, p. 95]. Cf. asimismo el aforismo 377, "Nosotros los apátridas": "Nos alegramos con todos cuantos, como nosotros, aman el peligro, la guerra y la aventura, que no se dejan compensar, catequizar, reconciliar, ni castrar. Nos contamos a nosotros mismos entre los conquistadores, pensamos sobre la necesidad adaptada a nuevos órdenes, incluso a una nueva esclavitud […]", *ibid*., p. 280.

[7] Otros escritores que alcanzaron fama con el género fueron (damos entre paréntesis el nombre de su obra más célebre): Werner Beuelberg (*Die Gruppe Bosemüller*, 1930); Edwin Dwinger (*Die Armee hinter Stacheldraht*, 1929); Franz Schauwecker (*Aufbruch der Nation*, 1929). Pueden encontrarse más detalles en el artículo de Karl Prümm citado más arriba.

[8] "*Ernst Jünger*, el heraldo del 'nuevo nacionalismo'". Así lo designaba Leopold Schwarzschild en un importante artículo de 1929. Y agrega: "[…] también hay que respetar las diferencias del adversario: las diferencias entre la porquería populachera y callejera del nacionalismo de Hitler, la reacción de excelencias arterioescleróticas de Westarp y la aristocratizante mística del heroísmo del nacionalismo de Jünger". Cf. Leopold Schwarzschild, "Heroismus aus Langeweile", artículo aparecido originalmente en *Das Tagebuch* 10 (28 de septiembre de 1929), 39, pp. 1585-1589. Citamos según la reproducción publicada en la antología preparada por Anton Kaes, *Weimarer Republik. Manifeste und Dokumente zur deutschen Literatur 1918-1933*, Stuttgart, J. B. Metzler, 1983, p. 489.

de un civil que descubre una vocación militar y se desempeña eficazmente como tal a medida que la guerra avanza, sino que ésta opera en él un cambio completo de su ser: se convierte en un *guerrero*. Un *guerrero* no es sólo un oficial dotado, es una nueva nobleza surgida del combate en las trincheras. Jünger los describe a partir del modelo del superhombre nietzscheano:

> En estos hombres está viva una fuerza elemental que subraya, pero a la vez espiritualiza, la ferocidad de la guerra: el gusto por el peligro en sí mismo, el caballeresco afán de salir airoso de un combate. En el transcurso de cuatro años el fuego fue fundiendo una estirpe de guerreros cada vez más pura, cada vez más intrépida.[9]

En *La lucha como experiencia interior*, obra compuesta paralelamente a *Tempestades…*, en la que recoge las digresiones elaboradas durante la composición de la novela y publicada dos años después, la identificación con el superhombre es explícita: "El punto de cristalización parece alcanzado, el superhombre está cercano".[10] Las cualidades que Jünger atribuye a este superhombre surgido de las trincheras remiten esencialmente a dos grupos de imágenes, unas relativas a la fragua del metal, las cuales acentúan la idea de una metamorfosis provocada por el fuego, y las otras relacionadas con la rigidez de la estatua: "[…] cuerpos tendinosos, rostros destacados, ojos, entre mil horrores, petrificados bajo el casco".[11] Las descripciones del guerrero subrayan la transformación operada por la guerra en estos hombres. El hombre que la atravesó no puede ser desmovilizado y reintegrarse a la vida civil, circunscribiendo la guerra como un simple episodio ya pasado. El mundo se ha transformado con ellos y la guerra alcanza un carácter cuasi metafísico como creadora de una nueva realidad:

> La guerra, padre de todas las cosas, es también el nuestro; ella nos ha martillado, cincelado y endurecido en lo que somos […]. Y siempre, en tanto que la agitada rueda de la vida gire en nosotros, esta guerra será el eje alrededor del cual ella vibre. Ella nos ha criado para la lucha y seguiremos siendo luchadores mientras vivamos.[12]

La guerra se presenta como un hecho insuperable, no sólo para sus víctimas, sino también para los sobrevivientes, ya que de ahora en más ella es su futuro. El carácter compensatorio referido más arriba se hace evidente en lo que Jünger presenta como temperamento del guerrero, que ha hecho de la guerra su propia naturaleza y desea y necesita que continúe. Ella no es para el guerrero un pasado que aplasta el presente por el dolor que ha provocado, sino la única posibilidad de futuro: aunque nunca lo afirme explícitamente, ella debe reanudarse porque esa estirpe invencible, esa "agudísima conjunción de cuerpo, inteligencia, voluntad y sentido"[13] surgida de la trinchera, esa nueva nobleza, fue derrotada. Walter Benjamin, en su artículo sobre la compilación de Jünger, *Guerra y guerreros*, señalaba que los colaboradores hablaban con gusto de la "Primera Guerra Mundial" para referirse a la Gran Guerra y observaba que al

[9] Ernst Jünger, *Tempestades…*, cit., p. 148.
[10] Ernst Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, Berlín, Mittler & Sohn, 1922, p. 3.
[11] *Ibid*., p. 32.
[12] *Ibid*., p. 2.
[13] *Ibid*., p. 33.

haber sobrevivido a la guerra, la verdadera patria de estos autores es el frente.[14] Por ello, en *La lucha como experiencia interior*, el intento de realizar una psicología y una antropología de lo que fue la guerra para los soldados se convierte en una serie de ensayos acerca de la cosmovisión del guerrero, lo que rápidamente desemboca en una afirmación de la guerra como condición natural del ser humano: "[…] cuando dos hombres chocan en el vértigo de la lucha, se encuentran dos seres de los cuales sólo uno puede subsistir".[15]

La metamorfosis del protagonista respecto del peligro y la muerte se comprueba en la diferente actitud hacia ellos a medida que transcurre la guerra. Los comprensibles sentimientos referidos en la primera de las citas siguientes, que describe las consecuencias de su bautismo de fuego, están ausentes en las otras. Su actitud hacia el peligro variará entre la temeridad aventurera que siempre quiere ir más allá y un tono estetizante donde el peligro primero provoca aburrimiento y luego, hacia el final de la guerra, es un elemento más del paisaje. Este aire de familiaridad con él se distingue del valor del veterano curtido por el combate, pues su actitud es más propia de un dandy que de un militar:

> Ese sobresalto que cualquier ruido súbito e inesperado provocaba en nosotros fue, por lo demás, algo que nos acompañó durante toda la guerra. Ya fuese que pasara con estrépito un tren junto a nosotros, o que cayese al suelo un libro, o que un grito resonara en la noche –siempre se detenía un instante el corazón, oprimido por el sentimiento de un peligro grande y desconocido–.
>
> El bombardeo continuó después del desayuno. Esta vez los ingleses machacaron lenta, pero sistemáticamente, nuestra posición con granadas de grueso calibre. Aquello acabó aburriéndome.
>
> Al mediodía, Haller me extendía una manta dentro de un embudo gigantesco; para convertirlo en un solario habíamos abierto desde la choza hasta él un pasadizo. A veces perturbaban mi sesión de bronceado proyectiles que estallaban en las cercanías o cascos de granadas explosivas que caían zumbando desde lo alto.[16]

La afirmación de la lucha por sí misma es una de las notas centrales de estos escritos. Benjamin sostenía que Jünger hace una transposición de la teoría de *L'Art pour l'art* a la guerra.[17] Con ello está indicando la importancia que tiene la poética de Stefan George en la obra jüngeriana. Así como el poeta celebra una belleza superior y más allá de la vida, Jünger celebra un heroísmo que está más allá del soldado corriente. Ni *Tempestades de acero* ni los otros textos de Jünger de esta época pueden ser entendidos como rememoraciones o incluso como meros documentos acerca de la guerra. Más bien su significado consiste en la necesidad de reafirmar el carácter de *guerreros* y no de simples veteranos de quienes estuvieron movilizados, así como de mantener el espíritu de unión del momento inicial de la guerra.[18] Esto se perci-

[14] Cf. Walter Benjamin, "Teorías del fascismo alemán", en *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, trad. de Roberto Blatt, Madrid, Taurus, 1999², pp. 48 y 55. El título original de la compilación de Jünger es: Ernst Jünger (ed.), *Krieg und Krieger*, Berlín, Junker und Dünnhaupt, 1930.
[15] Ernst Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, cit., p. 8.
[16] Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, cit., pp. 8, 133 y 275 respectivamente.
[17] Walter Benjamin, "Teorías del fascismo alemán", cit., p. 49.
[18] En su resumen de la investigación histórica acerca de *Tempestades de acero*, Volmert sostiene que el texto adquirió reputación literaria recién a fines de la década de 1920. En la primera mitad de esa década sus lectores eran

be más claramente en *La lucha como experiencia interior* que en *Tempestades…*, ya que el carácter de registro que tienen las anotaciones de Jünger presta a esta última obra una verosimilitud que desaparece por completo en la otra, la cual, a causa de su voluntad "antropológica", no hace más que exhibir los recursos estilísticos georgianos-nietzscheanos que sostienen la novela sin tener otro contenido que la autoexaltación del "guerrero".

Una guerra apolítica

La política parecería no estar presente, por lo menos de manera manifiesta, en la guerra que retrata Jünger. Sin duda, la misma praxis militar exige la obediencia y, por tanto implica dejar de lado las preguntas o las dudas que se tengan acerca de la acción que se lleva a cabo. No obstante, la vida militar descripta por Jünger en sus textos tiene un extraño carácter unánime, uno de los rasgos principales de la "novela del frente". En la "comunidad de las trincheras" desaparecen todos los rasgos que separan a los hombres en la sociedad civil. La comunidad de combate es, a su modo, una sociedad masculina ideal en la que las diferencias sociales no tienen importancia y en la que las jerarquías, si bien no están ausentes, están legitimadas por el coraje.[19] Las relaciones existentes en la trinchera son de dos tipos: horizontales, basadas en el igualitarismo propio de la camaradería, y verticales, las cuales no se refieren tanto a la jerarquía militar sino al respeto del novicio hacia el veterano, que Jünger describe una y otra vez. A lo largo de toda la obra resulta manifiesto que los soldados sólo pueden lograr hazañas bélicas de acuerdo con el hombre que los conduzca. Ese juicio no se refiere a la estrategia que puede desplegar un general en el ámbito más amplio de la guerra vista desde el comando en jefe. Por el contrario, en la Gran Guerra la estrategia se ha desvanecido, porque, a pesar de que el autor no hace referencia a ello, la estrategia que guiaba a los ejércitos alemanes, el Plan Schlieffen, fracasa durante el primer año de guerra, dando origen a partir de 1915 a la estabilización del frente occidental e impidiendo cualquier otra acción que no fuera la de desgaste del enemigo y consolidación de lo adquirido. Este escenario, el de una guerra de posiciones casi fijas, era completamente nuevo en la historia militar. Jünger resume las tres etapas que adoptaron las acciones militares entre 1914 y 1918 del siguiente modo:

> Con [la batalla del Somme] terminaría el primer período de la guerra, el más sencillo; entrábamos ahora, por así decirlo, en una nueva guerra. Aunque ciertamente nosotros no lo sospechábamos, lo que hasta aquel momento habíamos vivido había sido el intento de ganar la guerra por medio de batallas campales al viejo estilo, así como el fracaso de ese intento, que quedó varado en la guerra de posiciones. Ahora se alzaba ante nosotros la guerra de material, con su

---

militares que lo interpretaban como una contribución a la forma en que se desarrollaría la guerra en el futuro: ella estaría a cargo de un ejército de élite, en el cual hasta el soldado no adiestrado sería capaz de esfuerzos inhumanos como si se tratara de aventuras placenteras. En relación con los veteranos, Jünger publicó artículos en la revista *Standarte* del *Stahlhelm* (la agrupación de veteranos, de extrema derecha), desde 1923 y especialmente a partir de 1925, donde accederá por primera vez a un público civil. Cf. J. Volmert, *op. cit.*, p. 11.

[19] "A las tres de la tarde llegaron mis centinelas apostados en el ala izquierda y me dijeron que les resultaba imposible continuar allí; los proyectiles habían arrasado sus pozos. Me fue preciso recurrir a toda la fuerza de mi autoridad para enviarlos otra vez a su sitio. Claro que yo me encontraba en el lugar más peligroso de todos y allí es donde se goza de máxima autoridad." *Tempestades de acero*, cit., p. 105.

> gigantesco despliegue de medios. Y a finales del año 1917 la guerra de material sería sustituida por la batalla mecánica, cuya imagen no llegó, sin embargo, a desarrollarse por completo.[20]

Si bien la novela abarca casi toda la guerra, se centra en el segundo período, el de la guerra de posiciones, que, con el desarrollo de explosivos cada vez más potentes y cañones de alcance cada vez mayor, se vuelve una guerra de material. Jünger quiere mostrar cómo puede surgir un nuevo tipo de heroísmo en este escenario donde los hombres parecen no tener importancia y la individualidad se ve reducida a una funcionalización creciente. Por una parte, la guerra de material conduce al fatalismo, ya que el soldado de la trinchera sabe que está expuesto en cualquier momento a un bombardeo frente al cual su única defensa es resguardarse en el refugio y esperar que éste sea suficientemente resistente. Asimismo, la estabilización del frente y la eternización de la guerra en escaramuzas que no pueden modificar su estructura también conducen a la desmoralización, en vista de la inutilidad del sacrificio y la monotonía de la vida en la trinchera.[21] Pero, por otro lado, los choques y los ataques sobre las posiciones enemigas exigen un arrojo que posibilita un heroísmo diferente del de las batallas de los siglos anteriores: el del oficial de infantería que comanda grupos de asalto. La Gran Guerra es una guerra entre ejércitos de infantería, donde la caballería, el arma "aristocrática" por antonomasia, ha perdido mucha de su importancia estratégica. Por ello el oficial que dirige el ataque contra la trinchera enemiga es el nuevo guerrero, el hombre decidido, que acecha como un cazador y es capaz tanto de manejar los medios que la nueva técnica bélica pone a su disposición como de guiar a sus hombres. A pesar de que Jünger describe numerosos ataques contra líneas enemigas, éstos nunca son meras cargas a la bayoneta, aunque no excluyan la lucha cuerpo a cuerpo. Este nuevo heroísmo es el del soldado que es capaz de resistir los ataques a sus propias posiciones y que puede traspasar las sucesivas líneas de defensa de las trincheras enemigas,[22] gracias a una combinación de coraje, sangre fría y pericia técnica. Frente a la aparente preeminencia del número en la guerra moderna (disposición de medios cada vez más poderosos y de mayor cantidad de hombres) y frente a la creencia de que en el frente sólo se dan ataques masivos y frontales de un ejército contra otro,[23] Jünger describe, dentro de ese marco, operaciones donde la osadía, la oportunidad y la astucia son determinantes. En *El Bosquecillo 125*, obra en la que se detiene exclusivamente en los combates de junio de 1918, describe exactamente esta situación:

> Pero nuestra época trabaja con medios poderosos, y, cuando se combate por un espantoso campo de escombros en el que se enfrentan dos imágenes del mundo, lo que importa no son los millares de seres humanos que tal vez podrían ser salvados de la destrucción; lo que importa es que la docena de hombres supervivientes se halle lista en el lugar preciso y pueda arrojar en un platillo de la balanza el peso decisivo de sus ametralladoras y granadas de mano.[24]

[20] Ernst Jünger, *Tempestades…*, cit., p. 73.
[21] "Esas breves incursiones […] constituían un buen medio para templar el valor y para romper la monotonía de la existencia en la trinchera. Lo que sobre todo no debe hacer el soldado es aburrirse", cf. *Tempestades de acero*, p. 94.
[22] Como explica detalladamente Jünger, éstas siempre constaban de tres líneas en ambos bandos.
[23] Basil Lidell Hart, en su obra *Europe in Arms* (1936), se quejaba del gigantismo de casi todos los ejércitos europeos y describía al ejército inglés de 1914 como "un fino estoque entre guadañas", citado por Jorge Luis Borges, *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en "El Hogar" (1936-1939)*, Barcelona, Tusquets, 1990², p. 126.
[24] Ernst Jünger, *El Bosquecillo 125. Una crónica de la lucha de trincheras en 1918*, trad. al español de A. Sánchez Pascual, en Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, cit., p. 323.

El oficial Ernst Jünger, claro está, se ve a sí mismo más allá de la masa masacrada. La novela nos lo presenta como uno de esos hombres que estarán en el lugar preciso, es decir, formando parte de una nueva aristocracia surgida de las trincheras, la de los *guerreros*. Jünger utiliza numerosas veces este término, pues los guerreros se diferencian de los simples soldados. Aunque no desprecia el sacrificio que ellos llevan a cabo ni pone en duda su coraje, es claro que la masa de los soldados necesita de los *guerreros* que los conducirán al triunfo en el marco de la nueva guerra tecnificada.[25]

Las descripciones bélicas de Jünger se caracterizan por su afán de objetividad, esto es, buscan establecer una distancia con el objeto y evitan colorear afectivamente la situación. La obra no es un registro de la vida en la trinchera –hay bastantes silencios sobre los aspectos cotidianos–,[26] sino una exposición de las acciones del combate, su preparación, su desarrollo y su final. Sólo en las primeras páginas Jünger describe la rutina, el esfuerzo poco insigne y la decepción de la vida del regimiento,[27] luego todas las labores ligadas a la excavación y el mantenimiento de las trincheras (la tarea principal de los soldados durante la Primera Guerra) tendrán muy poca relevancia en su relato.[28] Asimismo tampoco tendrá un lugar importante el mundo de la retaguardia. Hay breves descripciones de los descansos y eventualmente de los pueblos franceses ocupados, en los que la población civil no se presenta especialmente hostil contra los soldados alemanes, pero carecen de peso propio dentro del relato. El mundo civil de la retaguardia, con el que el frente tiene contacto permanentemente para suplir sus necesidades, tiene una presencia borrosa. De algún modo ello se debe a que el mundo de los civiles es tácitamente amalgamado con un mundo femenino. Jünger no desprecia a los civiles con los que trata y que en ocasiones lo alojan, pero, como apunta Heinrich Böll, en su escritura el aire del casino de oficiales parece colarse en todos los ambientes. Böll señala la dificultad de Jünger para tratar con las mujeres y todo lo relacionado con ellas.[29] Puede parecer una observación obvia: el mundo de la trinchera y del combate es un mundo masculino, por tanto, las

[25] De todos modos, el nietzscheanismo de Jünger y su necesidad de distinguir a la nueva aristocracia provoca ciertas ambigüedades sobre este punto. En la primera edición de *Tempestades de acero* figuraba el siguiente párrafo (suprimido en la última), referido a los "seguidores" del héroe en el combate: "Un hombre, cuyo mérito propio, más allá de toda duda, no es elevado, debe aprender a obedecer hasta la estupidez, con lo cual sus impulsos, aun en los momentos más terribles, puedan ser refrenados a través de la coacción espiritual del líder", Ernst Jünger, *In Stahlgewittern*, Berlin, 1925[6], p. 268, citado por Martin Mayer, *Ernst Jünger*, München, DTV, 1993, p. 268.

[26] Las omisiones no se limitan a la cotidianeidad: en toda la novela, a pesar de la importancia que se le da a la exposición de los cambios tecnológicos, no se menciona un solo ataque de los alemanes con gases, sea éste realizado por el regimiento de Jünger, sea por otros, como preparación a un ataque alemán. Aunque ambos bandos utilizaron esa arma, los primeros en hacerlo fueron los alemanes, quienes, también, desarrollaron su versión más mortífera (el gas "mostaza"); se refieren, en cambio, algunos ataques con gases de los aliados.

[27] "Tras una breve permanencia en el regimiento habíamos perdido por completo las ilusiones con que habíamos marchado a la guerra. En vez de los peligros que esperábamos, lo que allí encontramos fue suciedad, trabajo y noches pasadas en claro; sobreponerse a todo esto requería un heroísmo que no nos atraía mucho. Todavía peor era el aburrimiento; para el soldado es éste más enervante aún que la cercanía de la muerte." Cf. *Tempestades*…, cit., p. 14.

[28] Incluso encuentra razones de estrategia militar para dejar de lado la descripción de esos menesteres, los cuales deberían realizarse en medida mucho menor, ya que aburguesan a los soldados. Por otro lado, presentan el aspecto menos glorioso de la vida militar: "lo importante no son los atrincheramientos gigantescos, sino el coraje y el vigor de los hombres que tras ellos se encuentran. Hacer cada vez más hondas las trincheras ahorraba tal vez algunos heridos por tiro en la cabeza, pero al mismo tiempo propiciaba que los hombres se aferrasen a las instalaciones defensivas y reclamasen seguridad; de mala gana renunciaban luego a tales cosas". Cf. *Tempestades*…, cit., *loc. cit.*

[29] Cf. Heinrich Böll, "Most of It Is Still Strange to Me: Ernst Jünger on the Occasion of His 80th Birthday", en *New German Critique*, 59, primavera/verano de 1993, p. 153.

mujeres no tienen lugar en él. Sin embargo, es llamativo que tampoco lo tengan siquiera como recuerdo o como deseo. Los soldados en la trinchera no demuestran nostalgia por sus hogares ni añoran a sus esposas, novias o madres. Tampoco parecen estar afectados por los largos períodos en los que no tienen contacto con mujer alguna.[30] En *La lucha como experiencia interior* se describe un poco más detalladamente el amor que buscan los guerreros, eminentemente práctico, nada galante pese a tratarse de una nueva nobleza y, curiosamente, carente de toda urgencia existencial a pesar de la cercanía de la muerte:

> Paseantes fugaces en los caminos de la guerra, tomaban, como acostumbraban, con puño duro y sin mucho sentimiento. No tenían tiempo para largos cortejos, romances novelescos, para todos los requisitos que hasta la más insignificante señorita burguesa exige. Reclamaban de la hora sangre y frutos, en consecuencia, debieron buscar el amor en lugares donde se ofrecía sin velos.[31]

Jünger identifica la masculinidad exclusivamente con la guerra y con el placer del peligro. En este mundo bélico, la mujer no alcanza a ser ni siquiera el "reposo" del guerrero. Este contraste entre la realidad plena del combate y la debilidad de todo lo que lo rodea explica el significado de la "espiritualización" de los guerreros producida por la ferocidad del combate. El guerrero se fusiona paulatinamente con las fuerzas elementales que encarna, desinteresándose de todo lo que no sea el gusto por el peligro en sí mismo y del mundo civil, que tiene como divisa la seguridad.

El jefe de unidad de asalto es el personaje principal de *Tempestades de acero*. No sólo es el grado alcanzado por Jünger durante la última parte de la guerra, sino que es su protagonista central desde la perspectiva de la novela. Como él mismo subraya, es el nuevo príncipe del combate. La guerra, tal como es narrada en la novela, parece ser un continuo choque entre patrullas y unidades de asalto. La característica esencial del jefe de unidad de asalto es estar a la altura de su momento. Ello remite, obviamente, al coraje necesario para enfrentar la posibilidad de la muerte. No obstante, el desarrollo de la obra muestra que la nueva altura de los tiempos es la técnica. Los jefes de unidades de asalto son los especialistas capaces de manipular la técnica y de dirigir a los hombres en la nueva guerra, lo que los pone a una altura distintiva en el combate. El resultado es una nueva forma de lucha, que Jünger describe apelando a modelos clásicos de combate caballeresco:

> La lucha con granadas de mano se parece a la esgrima de florete; es preciso dar saltos como en el ballet. De los combates entre dos personas es éste el más mortífero de todos, pues sólo termina cuando uno de los dos adversarios vuela por los aires. También puede ocurrir que ambos caigan muertos.[32]

[30] Sólo en una ocasión uno de los soldados de permiso declara su añoranza por su esposa (*Tempestades…*, cit., p. 234). La situación equívoca relatada en la p. 117, en la que, hospedado en la casa de una familia, por error fuerza la puerta de la habitación de la hija, sorprendiéndola desnuda, tiene un tono humorístico basado en su propia torpeza, pero carece de cualquier otra connotación. Igualmente reservado es el relato de sus encuentros con la joven Jeanne (p. 72).
[31] Ernst Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, cit., p. 33.
[32] *Ibid*., p. 228.

La estetización del combate busca hacerlo parecer una lucha entre guerreros homéricos, un lance caballeresco en el que los combatientes reconocen la calidad del enemigo, como hacen los príncipes aqueos con Héctor.[33] En numerosas ocasiones Jünger encomia el valor de los ingleses, elogio que, por lo demás, también redunda en el engrandecimiento del propio coraje.[34] Pero este tema aparece asociado principalmente con el jefe de unidad de asalto, encarnación del valor a quien Jünger dedica sus elogios más ardientes.[35]

El narrador no es un mero observador, pues interviene en todas las acciones que relata. Sin embargo, abundan las descripciones de sus propios estados con respecto a los hechos que refiere combinadas con las descripciones de las escenas de la lucha en las trincheras, en las que se describe el horror que les es propio, pero carente de toda voluntad de magnificación.[36] El resultado es una narración que elude el naturalismo y que de ningún modo se propone denunciar los estragos de la guerra, y que, simultáneamente, tampoco adopta el extremo opuesto, ya que la introspección del narrador no conduce a una subjetivización de la descripción, pues sus estados son los propios del guerrero y adquieren así un valor universal. Ello resulta en una estetización de la guerra y del combate. La distancia puesta por la narración contribuye a resaltar la ajenidad con respecto al miedo y al terror de los protagonistas. Este procedimiento es así muy eficaz en la exaltación de la lucha, pues el primer terror que tiene todo participante en un combate, el temor a la muerte y al dolor, queda asordinado por la experiencia con que los soldados curtidos por el frente son capaces de aventar los peligros, los cuales, más que amenazas, se convierten en espectáculos para los mismos protagonistas.[37] Esta objetivación se ve reforzada por la escasez de referencias temporales a lo largo de *Tempestades de acero*. Apenas se menciona al pasar que el primer día de guerra del protagonista fue en diciembre de 1914, así como es escueta la mención de la fecha del final. A lo largo de la obra se mencionan al pasar fechas que permiten relacionar los hechos narrados por Jünger con la marcha general de la guerra. Sin embargo, estas fechas sólo nos informan acerca de la estación del año en que se encuentran los protagonistas, no más. El autor no plantea relación alguna entre los hechos que narra y la marcha general de la guerra. Él y sus compañeros poseen una fe inquebrantable en que Alemania vencerá en la guerra, pero no recibimos ninguna no-

[33] "Mientras las dos artillerías enemigas se enzarzaban, a distancia, en un violento cañoneo mutuo, estalló una horrible tempestad, de modo que la furia de la tierra rivalizaba con la del cielo, igual que en la batalla homérica de los dioses y los hombres." (*Tempestades…*, p. 109.) Thomas Nevin observa que los pasajes que buscan darle un aire "homérico" a los combates proceden de las ediciones posteriores, y están ausentes en la primera. Cf. T. Nevin, *Ernst Jünger and Germany: into the abyss, 1914-1945*, Duke University Press, 1997, p. 248.

[34] "Eran escoceses, y su modo de resistir indicaba que nos las habíamos con hombres de verdad" (*Tempestades…*, p. 262); "[…] tuvimos una vez más, como siempre que topábamos con ingleses, la grata impresión de enfrentarnos a gentes viriles y audaces" (*ibid.*, p. 132). Sin embargo, no hay elogios similares a los franceses.

[35] "Entre todos los momentos excitantes de la lucha no hay ninguno que lo sea tanto como el encuentro de dos jefes de unidades de asalto entre los estrechos taludes de barro de la posición de combate. Allí no hay vuelta atrás ni hay compasión. Esto lo sabe bien todo el que ha visto en su reino a esos hombres, a los príncipes de la trinchera, hombres de rostros duros, decididos, hombres temerarios, que saltan ágilmente adelante y atrás, hombres de ojos avizores y sedientos de sangre, hombres que están a la altura de su momento y que ningún comunicado cita". *Tempestades de acero*, cit., p. 230.

[36] "De entre unos maderos destrozados sobresalía un torso que había quedado aprisionado entre ellos. Cabeza y cuello habían sido arrancados; en la carne, que era de un color negro rojizo, brillaban los cartílagos blancos. Me resultaba difícil comprender nada", cf. *Tempestades…*, cit., p. 27.

[37] "Un hombre que se hallaba a mi lado se llevó el fusil a la cara y, como si estuviéramos en una cacería, se puso a disparar contra una liebre que, de repente, empezó a dar saltos a través de nuestras líneas. La ocurrencia era tan extravagante que no pude contener la risa." *Tempestades…*, cit., p. 251.

ticia de lo que sucede en la retaguardia. El foco se detiene exclusivamente en la participación del protagonista en diferentes puntos del frente, sin realizar ninguna acotación que cambie esos datos originarios. Las conversaciones referidas por el autor sólo se ocupan de las acciones inmediatas. Jamás se presenta el interrogante acerca de si es posible una batalla que decida la guerra o cuándo terminará ésta, ni tampoco qué significaría una eventual victoria o qué harán una vez desmovilizados. Ni siquiera comentan hechos o informaciones acerca de la guerra en general. Desde el momento inicial de la obra hasta su final, la guerra europea se ha vuelto una guerra mundial, se ha trasladado al África, a Asia y al océano Atlántico. La alianza de Alemania y Austria-Hungría ha sumado a Bulgaria y al Imperio Turco, la Entente se amplía hasta abarcar a los Estados Unidos y el Japón, en Rusia ha triunfado la Revolución Bolchevique y luego se ha rendido a Alemania. No hay referencia alguna respecto de estos hechos por parte de los protagonistas. El enemigo está representado únicamente por los ingleses y, esporádicamente, por los franceses. En consecuencia, el mundo retratado por los relatos bélicos de Jünger, especialmente por *Tempestades de acero*, está cerrado sobre sí mismo y su único contacto es con el entorno circundante. El tiempo se vuelve un ciclo, se señala el comienzo y el fin de cada año, pero su transcurrir no modifica ninguno de los datos iniciales que el protagonista conoce a partir de su bautismo de fuego. Por una parte, este procedimiento plasma con suma eficacia la situación de los combatientes en las trincheras y la inmovilidad del frente occidental.

El nacionalismo subyacente: la derrota y la "puñalada por la espalda"

Hay un fuerte contraste entre la movilidad permanente del alférez Jünger, que se traslada de un punto a otro del frente noroccidental e invariablemente está en las primeras líneas del combate, y la situación general de los ejércitos, ocupados en esos escarceos constantes y en desgastar al enemigo mediante la artillería, sin que de ello resulte un avance significativo. Ello le permite mostrar la guerra como un estado casi permanente, pues se ha desvanecido del horizonte de la lucha no sólo la movilidad del frente, sino también la posibilidad de un combate final que defina la guerra. Los soldados han abandonado su estado civil anterior a la guerra y ella se ha vuelto una realidad excluyente. Esta situación ha dejado de ser extraordinaria para volverse normal. Las únicas ocasiones en que la obra sugiere la posibilidad de la próxima derrota son las referencias a la escasez de material en los últimos capítulos, contrastada con la abundancia de medios de los ingleses, y el capítulo "La Gran Batalla", en el que se relata la ofensiva alemana de fines de marzo de 1918, que pretendía, sin lograrlo, quebrar el frente. En este capítulo se puede observar cómo Jünger pone en práctica el procedimiento aludido más arriba. En el micromundo escenario de los acontecimientos, el regimiento del protagonista avanza y cumple con las metas ordenadas. Sin embargo, al final del capítulo nos enteramos de que la ofensiva ha quedado atascada, esto es, ha fracasado. Sólo en ese momento el autor se permite dudar acerca del futuro y atisba la posibilidad de que Alemania sea derrotada.[38]

Jünger escribió las obras dedicadas a la narración de la *Fronterlebnis*, la experiencia del frente, durante la primera mitad de la década de 1920. Una peculiaridad de ellas es su nacio-

[38] Ernst Jünger, *Tempestades…*, cit., p. 271 y también p. 294.

nalismo militante. Señalamos más arriba que *Tempestades…* adquiere reputación literaria de un modo gradual durante la década de 1920. Este proceso se cumple a través de las sucesivas revisiones de la novela (cinco entre 1922 y 1935). La tercera edición, de 1925, en coincidencia con la actividad de Jünger como publicista político del nacionalismo, es la más lastrada políticamente y en ella Jünger insertó digresiones de carácter político inmediato. En la revisión de 1935 quitó de la obra algunos de esos agregados y moderó la crudeza de algunas descripciones (especialmente para las traducciones inglesa y francesa). La edición definitiva, tal como hoy se la conoce, es la sexta, de 1960. Sin embargo, más allá de estos avatares, tanto en *Tempestades de acero* como en *El bosquecillo 125* son reconocibles cuestiones que indican una clara intencionalidad política. La particularidad del tratamiento de la política en los textos consiste en que ésta nunca se presenta en forma manifiesta, más bien es la estructuración misma de los hechos la que trasluce su politicidad. El desarrollo de *Tempestades…* no sólo no permite comprender la razón de que Alemania haya perdido la guerra, sino que, al detenerse en el momento en que el protagonista es herido y enviado a la retaguardia, la obra calla tanto el retroceso del ejercito alemán a partir de junio de ese año como el mismo final de la guerra. De ello se debe inferir que ese ejército no fue derrotado en el campo de batalla y reafirmar el mito de su invencibilidad. Por eso, el silencio acerca de los meses finales de la guerra es extremadamente elocuente en su significado político. Esta apología del ejército se mantendrá en Jünger hasta entrada la década siguiente, lo que se percibe en textos como *El Trabajador* (1932). Allí, Jünger insiste en que "[…] el soldado alemán del frente mostró ser no sólo invencible, sino también inmortal".[39] La función apologética y mitificadora detectada por Benjamin en el artículo antes citado tenía una significación política muy clara en los años de la República de Weimar: reafirmar que el ejército alemán no perdió la guerra, sino que ella terminó por el descalabro del frente interno, como consecuencia de la Revolución que derrocó a la monarquía. La publicística nacionalista, especialmente la ligada con los círculos de Ludendorff y Hitler, llamaba "la puñalada por la espalda" al proceso que llevó al armisticio.[40] La negación de la derrota era uno de los puntos en común de los diversos grupos nacionalistas alemanes de la época de entreguerras. La posición de Jünger sobre la cuestión resulta ambigua. Mientras que el final de la primera edición de *Tempestades…* consistía en la inyección de morfina que le aplica el médico en el hospital, en la edición de 1925 Jünger inserta una serie de digresiones que acentúan la necesidad de afirmación de la nación en medio de la derrota. La frase final (suprimida en la edición definitiva) decía: "[…] en tanto las espadas resplandezcan y centelleen, aun en la oscuridad debe decirse: Alemania vive y Alemania nunca debe perecer".[41] En sus artículos políticos de la década de 1920, Jünger se ocupa del tema de "la puñalada por la espalda" y afirma que ella no se ajusta a la verdad. Ensayará una explicación alternativa al problema de la derrota que dará origen a la hipótesis central de su ensayo "La movilización total":[42] Alemania debía perder la guerra porque su movilización

[39] Ernst Jünger, *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*, Hamburgo, Hanseatische Verlaganstalt, 1932², p. 37.
[40] Recordemos que el establecimiento de un armisticio con los Aliados fue exigido por los generales Ludendorff y Hindenburg al nuevo gobierno republicano, ante la imposibilidad de resistir los embates aliados mucho más tiempo. Acerca de los efectos de la propaganda nacionalista durante la guerra y de la imposibilidad de aceptar su resultado para importantes grupos en la sociedad alemana una vez terminada, cf. Gordon Craig, *Germany 1866-1945*, Nueva York, Oxford, 1978, pp. 424-428.
[41] Ernst Jünger, *In Stahlgewittern*, citado por J. Volmert, *op. cit.*, p. 15.
[42] Ernst Jünger, "Die totale Mobilmachung", en Ernst Jünger (ed.), *Krieg und Krieger*, citado.

fue parcial. Faltó la "[…] armonía interna que conduce todo al unísono, que dirige todas las energías inconscientemente".[43] Sin embargo, esta hipótesis convivirá en sus textos con la de que la derrota de Alemania es inexplicable sin la traición interna. Lo que en *Tempestades de acero* no es ni siquiera aludido, en *El Trabajador* es declarado explícitamente. Jünger considera la revolución del 9 de noviembre de 1918 como una revolución exclusivamente burguesa, no sólo porque alumbró un régimen republicano, sino porque, además, afirma que carecía de apoyo popular y sólo era sostenida por la burguesía, identificada por Jünger con el liberalismo. Luego de esta reconstrucción histórica parcial agrega, indicando el significado del carácter burgués del gobierno republicano: "desde tiempo atrás el burgués aguardaba al acecho poder empezar las negociaciones, y sus negociaciones alcanzaron lo que los esfuerzos extremos de todo un mundo no habían alcanzado".[44] Aparecen aquí todos los elementos de la leyenda: el ejército invencible, luchando aislado contra la coalición mundial, los políticos liberales burgueses, prestos a la traición, a la negociación y a la rendición, producto de un régimen burgués engañoso por su propio modo de ser, dado que "[…] para el alemán esa libertad [la de la Declaración de los Derechos del Hombre] era un instrumento que no guardaba relación con sus órganos más propios".[45]

Tempestades de acero, al igual que la producción de Jünger durante la década de 1920, es una obra nacionalista y belicista. Es importante establecer los límites entre el patriotismo y el nacionalismo. Aunque en algunos pasajes aparece un sentimiento análogo al de Horacio, que encuentra dulce morir por la patria,[46] lo que Jünger lleva a cabo es diferente del esfuerzo de un súbdito fiel que describe los combates desde el punto de vista de su país. Por una parte, el patriotismo evita que el objeto de los relatos se disuelva en una consideración meramente aventurera (lo que en Jünger constituía quizás su primera motivación para alistarse, como se ve en la cita de la página 37 y a lo largo de la obra en su afición al "vivir peligrosamente") y otorga sentido a acciones que, de otro modo, más que patrióticas, parecen orientadas por una pasión por coquetear con la muerte. Sin embargo, son muy pocos los pasajes donde puede aparecer una consideración semejante de la guerra. Sólo en dos ocasiones hay referencias al emperador alemán. En una se anuncia que visitará el frente y los soldados se alegran de ello y en la segunda, mención puramente formal, cuando a Jünger se le informa que ha sido condecorado. Ni el protagonista ni los personajes secundarios se preguntan a todo lo largo de la obra por el sentido de la guerra que están combatiendo. Incluso llega al extremo de que una obra que narra cuatro años en el frente y que explica las diferentes formas en que se hizo la guerra no haya ninguna consideración instrumental acerca de las operaciones que llevaban a cabo. Jünger busca mostrar así la inquebrantable moral combativa del ejército. Las imágenes de agosto de 1914, con los soldados yendo al frente entre flores, aplausos y manifestaciones,

[43] Ernst Jünger, "Der Frontsoldat und die Wilhelminische Zeit", en *Die Standarte*, 3, 20 de septiembre de 1925, p. 2, citamos según Bruno W. Reimann y Renate Hassel, *Ein Ernst Jünger Brevier. Jüngers politische Publizistik 1920 bis 1933*, Marburgo, BdWi-Verlag, 1995, p. 149.
[44] Ernst Jünger, *Der Arbeiter*, cit., p. 24.
[45] *Ibid*., p. 12.
[46] "A la vista de las colinas del Neckar, que estaban coronadas de cerezos en flor, experimenté un intenso sentimiento de amor a la patria. Qué bello era aquel país y cómo merecía que por él derramásemos la sangre y diéramos la vida. Nunca antes había experimentado yo de tal manera el hechizo de aquella tierra. Pensamientos buenos y serios me vinieron a la mente y por vez primera vislumbré que aquella guerra significaba algo más que una gran aventura." Cf. *Tempestades*…, cit., p. 35.

parecen tener una duración inmutable en él. El entusiasmo provocado por el estallido de la guerra perdura a todo lo largo de *Tempestades de acero*, así como en los textos siguientes. En Alemania se acuñó con posterioridad la expresión "las ideas de 1914" para referirse a la ola de entusiasmo patriótico y nacionalista motivada por el estallido del conflicto y que provocó una catarata de discursos y conferencias por parte de los intelectuales alemanes, que se embanderaron en el nacionalismo más agresivo.[47] Esta consideración de la guerra podría comprenderse fácilmente en el frenesí patriótico del estallido, pero hacia 1920, cuando tiene lugar la primera edición de *Tempestades*…, la percepción de esa guerra se había transformado completamente en las sociedades de Europa occidental, pasando de la euforia a una profunda repulsa por ella y por los horrores que provocó, que en Jünger lleva al extremo opuesto. Todavía veinte años después del inicio de la guerra, Jünger escribe el relato "El estallido de la guerra de 1914" para ensalzar el patriotismo de esa hora. En él sólo presenta la reacción silenciosa de él mismo y de dos hombres del pueblo cuando los sorprende el llamado a movilización general mientras están trabajando: "Nuestro pequeño y pacífico grupo se había convertido de golpe en un grupo de soldados, y eso mismo ocurría en todos los sitios de Alemania en que estuviesen reunidos unos cuantos hombres".[48] La obligación de alistarse es comprendida por los participantes con un silencio que no es ni resignado ni estoico, pero tampoco prorrumpen en vivas. Este sentimiento de unidad profunda y de unanimidad de las ideas es el modelo de comunidad política buscada por Jünger y el sentimiento de afirmación nacional de 1914 le muestra que no se trata de una utopía, sino que es realizable.

Sin embargo, podemos hablar de belicismo, tanto en *Tempestades*… como en los textos posteriores de Jünger, porque en todos ellos aparece muy claramente la exaltación de la guerra como una forma de vida. Martin Meyer establece un interesante paralelo entre el rechazo de Jünger al análisis de la guerra en la que está inmerso y los retratos del guerrero, cada vez más frecuentes en la novela, que desembocan siempre en el autorretrato.[49] El panegírico del guerrero sustituye la reflexión sobre la propia situación, como una forma desesperada de otorgar sentido a una realidad que parece perderlo progresivamente. Se puede sostener que hay un ánimo profundamente nihilista en el texto. El combate es glorificado y la muerte en combate vista como un destino superior, pero lo notable es que la exaltación del guerrero surgido de las trincheras iguala a los adversarios, convirtiéndolos en partícipes de un modo de vida superior, que desprecia la seguridad burguesa. La consecuencia evidente es que el móvil patriótico va perdiendo sentido paulatinamente, ya que surge una forma de vida que origina una solidaridad especial entre los enemigos y que se contrapone con la de aquellos por quienes en realidad se combate.[50] No obstante, por más que se invoque la lucha por la patria, la motiva-

[47] Si bien este fenómeno se da en ambos bandos, el alcance y la magnitud del compromiso de los intelectuales alemanes con la justificación de la guerra fue más allá que el de sus pares ingleses y franceses. Al respecto, cf. Kurt Flasch, *Die geistige Mobilmachung. Die deutschen Intellektuellen und der Erste Weltkrieg*, Berlín, Alexander Fest Verlag, 2000. Cabe notar que el impacto provocado por la ola de entusiasmo ante la guerra también fue duradero en Schmitt. En *El concepto de lo político* se recurre a ese mismo entusiasmo nacional para explicar la diferencia entre los conceptos de "sociedad" y "comunidad". Cf. Carl Schmitt, *Der Begriff des politischen*, Berlín, Duncker & Humblot, 1996 (reproducción de la 2ª edición de 1932), p. 45.

[48] Ernst Jünger, "El estallido de la guerra de 1914", en Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, cit., p. 446.

[49] Martin Meyer, *Ernst Jünger*, cit., p. 39.

[50] Incluso considera que esta concepción en la que el combatiente se enfrenta a dos frentes se está extendiendo por toda Europa. En consecuencia, afirma: "[…] nosotros, nacionalistas alemanes, saludamos lo que está ocurriendo en

ción dada por una vida peligrosa se vuelve un aliciente superior a cualquier otra razón. Es inevitable la asociación con la afirmación nietzscheana acerca de los que aman el peligro. Sin embargo, la impronta nihilista terminará fagocitando al mismo nacionalismo que se sirve de ella. Para Nietzsche, los "apátridas" son quienes tienen conciencia de que Dios ha muerto, por tanto, saben que enfrentarse al nihilismo es inevitable. En los textos de Jünger, por una parte, esa conciencia de la nada otorga mayor valor al peligro asumido por el guerrero, por el otro, el nacionalismo colma la falta de sentido trascendente. No obstante, a medida que la impronta nietzscheana es sistematizada en las obras posteriores, especialmente en *El Trabajador*, el nihilismo terminará por diluir toda trascendencia, incluida la nación. Un elemento que refuerza una consideración de este tipo es la falta de angustia o de desesperación que muestran los soldados en las trincheras. No sólo son capaces de enfrentar la muerte fríamente, con el sentimiento de cumplir un deber superior, lo cual aleja todo pensamiento desagradable, sino también con entusiasmo y furor. Así, la guerra se vuelve una sucesión de esperas indiferentes al peligro circundante, separadas por acciones de ataque en las que los protagonistas se funden en un éxtasis dionisíaco. La dicotomía nietzscheana entre lo apolíneo y lo dionisíaco es la fuente de inspiración de estas escenas bélicas. Ellas exponen el carácter animal del hombre, que en situaciones peculiares sale a la superficie, rompiendo la costra que la civilización ha construido durante siglos. Paradójicamente, Jünger las presenta como símbolos de la renovación y la perpetuación de la vida a través del contacto con las fuerzas elementales.

El "realismo heroico": la "movilización total" y el dominio del *Trabajador*

Pero la guerra proporcionará a Jünger no sólo el modelo del hombre nuevo surgido de las trincheras, sino que, además, su ensayística de principios de la década de 1930 encontrará en ella un principio de organización social. Jünger construye una hipótesis interpretativa de los cambios en curso en las sociedades industriales a partir de dos conceptos derivados también de su experiencia en el frente: "movilización total" y "trabajador". El ensayo "La movilización total" se publicó por primera vez en 1930. Tomando este concepto como pivote, extendió su aplicación al resto de la sociedad y el resultado fue el libro *El trabajador. Dominio y figura*, cuya primera edición es de 1932. Probablemente éste sea el ensayo más ambicioso del autor, ya que en él intenta realizar un diagnóstico de la época identificando como núcleo de la transformación el desarrollo de la tecnificación de la sociedad en todos los niveles y entreviendo a partir de ella el desarrollo futuro de la sociedad industrial. Debido a esta naturaleza sociológica y expositiva, el tono literario característico de las primeras obras de Jünger aparece asordinado, aunque el rótulo que utiliza para subsumir sus ideas, "realismo heroico", muestra que las viejas concepciones no han sido abandonadas, sino complementadas con una conceptualización más rigurosa. A diferencia de *La lucha como experiencia interior*, más preocupada por la exaltación del guerrero y de la lucha de acuerdo con el modelo de la poesía de Ste-

---

todas partes. Sí, para nosotros una Francia fascista es preferible a una democrática, desde luego la Francia de un Maurice Barrés es preferible a la de un Barbusse, pues entre viejos soldados del frente habrá más decencia y seguridad que la que sea posible entre abogados y literatos, a quienes la fraseología liberal sirve de patente de corso […]", cf. Ernst Jünger, "Vom absolut Kühnen", en *Die Standarte*, 1 (1926) 20, p. 462, en Reimann y Hassel, *op. cit*., p. 124.

fan George, hay aquí un intento de categorizar los fenómenos estudiados y de entrever un curso posible para su desarrollo futuro y de acción. De todos modos, no proporciona ninguna demostración empírica de sus afirmaciones y el objetivo principal es exponer la figura del trabajador como la piedra angular a partir de la cual se comprende el movimiento total de la sociedad. Son visibles en el texto, asimismo, las nuevas afinidades intelectuales del autor: la deuda con Carl Schmitt en sus juicios sobre el liberalismo y el Estado es evidente, al igual que la orientación general de la obra muestra el cambio que provocó en las ideas de Jünger su amistad con Ernst Niekisch, el líder intelectual de los "nacional bolcheviques" o "nacional revolucionarios".[51]

Ante todo, se debe aclarar lo que el "trabajador" no es, ya que las definiciones positivas de Jünger son más bien vagas y se comprende mejor el alcance del concepto con respecto a lo que se diferencia. Jünger sostiene que no hay en la realidad social un concepto que se le oponga, al modo en que el proletario y el burgués se oponen en el materialismo histórico. El trabajador es la "figura" de la nueva configuración de la realidad; como consecuencia, no puede entenderse al burgués como contrafigura del trabajador y por ello no se debe deducir que trabajador sea un sinónimo de proletario. A juicio de Jünger, el proletario y el burgués deben comprenderse como los polos de una oposición perteneciente al mundo del liberalismo decimonónico, que ha caducado con la llegada de la "movilización total", producto de la guerra:

> […] por trabajador no ha de entenderse ni un estamento en el sentido antiguo ni una clase en el sentido de la dialéctica revolucionaria del siglo XIX. Las reivindicaciones del trabajador trascienden […] todas las reivindicaciones estamentales. […] jamás se llegará a resultados claros si se identifica al trabajador en general con la clase de los trabajadores industriales. Eso significa contentarse con una de las manifestaciones de la figura, en lugar de ver la figura misma.[52]

Tanto el proletario como el burgués viven en un mundo de reivindicaciones económicas, por tanto la instancia suprema de decisión en él es lo económico. El problema del marxismo es, según Jünger, que acepta el terreno definido por su adversario, con lo cual no puede escapar a la dictadura del pensamiento económico. Lo económico debe subordinarse a una relación de dominio más amplia, lo que "significa que el eje de la sublevación no es ni la libertad económica ni el poder económico, sino el poder en sí".[53] El trabajador y el mundo del cual es figura son entendidos por Jünger en una relación de alteridad con respecto a la sociedad presente, ya no de oposición. La transformación que opera el trabajador no puede ser entendida como una evolución a partir de la sociedad anterior, como ocurre con la revolución bolchevique. Esto permite comprender por qué con el término "trabajador" no se designa ni un estamento, ni una clase, sino una nueva conformación de la realidad que se traduce en una forma

[51] Ernst Niekisch (1889-1967). Sindicalista, afiliado al partido socialdemócrata, participó en los consejos de obreros y soldados en Baviera en 1919. Allí conoció al dirigente anarquista Gustav Landauer y al escritor Erich Mühsam. Durante la década de 1920, editó la revista *Der Widerstand*. Intentó fundamentar el "socialismo prusiano" del que hablaba Spengler. Desde fines de los años veinte, crítico de Hitler y de su movimiento, a quienes ve ligados con el gran capital. Encarcelado en 1939 y condenado a cadena perpetua, fue liberado en abril de 1945 por los rusos. Luego se afilió al SED, el partido comunista de la República Democrática Alemana, hasta que abandonó ese país, falleciendo en Berlín occidental.
[52] Ernst Jünger, *Der Arbeiter*, cit., p. 74.
[53] *Ibid*., p. 28.

de organización de la producción y una nueva relación con la naturaleza, ambas derivadas de la "voluntad de poder" nietzscheana, materializada mediante la técnica, aunque, insiste Jünger, esta última no es la causa de la transformación, sino su expresión.

Al igual que en *Tempestades de acero*, el diagnóstico de la época y de la categorización de los fenómenos se funda en la filosofía de Nietzsche. La transvaloración de los valores anunciada por el filósofo se ha producido, según Jünger, con el estallido de la guerra en 1914. El júbilo que saludó el inicio de las hostilidades significó la protesta contra los viejos valores, propios de la burguesía, que han prescrito irrevocablemente. Sin embargo, las cosas nuevas no han producido todavía una nueva escala de valores, "todo depende […] de que el trabajador reconozca su superioridad y de que se cree, desde ella, las propias normas de su dominio futuro".[54] El trabajador no forma parte de la legión de humillados y ofendidos, sino que, por el contrario, él es el nuevo señor de este mundo. Cuanto más sepa despreciar las riquezas del mundo burgués, tanto más mandará sobre el mundo viejo, pues debe tomar conciencia de que es portador de una nueva figura, es decir, debe comprender su propia alteridad. Para desarrollar el concepto de "trabajador", Jünger recurre a la noción de "figura", que toma de la psicología de la *Gestalt*, pero que utiliza en forma muy libre. La figura remite a una totalidad orgánica, que no puede ser explicada mecánicamente. La "consideración figural" es la captación de un ser en la plenitud total y unitaria de su vida. La noción de organicidad es la nota principal de la figura, ya que permite ver las cosas dentro de un orden jerárquico. Precisamente por ello, el burgués no es portador de una figura, pues en su mundo todas las relaciones son de tipo contractual entre individuos, es decir, no hay jerarquías, sino sólo voluntad de negociar. Por tanto en la sociedad burguesa hay considerables espacios "anárquicos", es decir, carentes de jerarquías y de dominio. La historia debe entenderse como una sucesión de figuras, pero no bajo la forma de una sucesión dialéctica, porque una figura no necesariamente es reemplazada por otra. Un ejemplo de ello es la era de la burguesía, que disolvió la figura del Estado absoluto sin sustituirlo, sino limitándolo por medio del constitucionalismo, lo que resultó en su demolición. La sucesión de figuras implica el establecimiento de formas de dominio diferentes. Con el surgimiento del trabajador se vislumbra la conformación de un nuevo dominio, es decir, el establecimiento de un orden de cosas que ya no se rige por relaciones contractuales, sino que está basado en relaciones de servicio y de dominio. Esta última noción es un intento de construir una conceptualización política a partir de la filosofía nietzscheana. Así, Jünger define "dominio" como "[…] una situación tal que en ella el espacio de poder ilimitado es referido a un punto desde el cual él aparece como espacio de derecho".[55] La conformación de un dominio es un acto de transvaloración, ya que los antiguos valores quedan abolidos pues no corresponden a las nuevas relaciones existentes. Los nuevos valores surgen por el acto de voluntad de la nueva figura, que los extrae de sí misma. A diferencia del burgués, los soldados del frente son portadores de una figura auténtica, que en realidad no es más que el anuncio de la figura del trabajador, aquella que a juicio del autor contiene a todas las otras figuras existentes en la culminación de la modernidad. De todos estos factores se desprende que si bien la guerra ha asestado un golpe mortal a la falta de dominio burguesa, aún no ha hecho surgir ningún dominio concreto. Toda la obra está recorrida por la

[54] *Ibid*., *loc. cit*.
[55] *Ibid*., p. 67.

idea del final de la época burguesa y de una catástrofe inminente.[56] Los fenómenos que la caracterizan sucumben juntos, en primer lugar, el individuo y las masas, las cuales no se contraponen, como es corriente en la ensayística de la época, sino que forman parte de una misma falta de dominio. Las masas surgen a la política, afirma Jünger, junto con el individuo, en la Revolución Francesa. La disolución de su átomo, el individuo, las disolverá también. Las hipótesis de *Tempestades de acero* acerca del nuevo carácter de la guerra de movimientos son trasladadas a la política: la masa ya no es capaz de atacar si un grupo le opone una actitud resuelta, como masa ya no puede intervenir en la política. Además, agrega, haciendo una obvia referencia al leninismo, a ello se suma una nueva forma de subversión política, que no necesita sacar las masas a la calle, sino que se apodera de los núcleos vitales de la ciudad por medio de grupos decididos.[57] Junto con las masas desaparecerán sus instrumentos políticos, los partidos. No obstante, la necesidad de dominio y de jerarquías que Jünger postula no debe entenderse como una nostalgia reaccionaria por un mundo anterior a la revolución industrial. Por el contrario, el texto tiene un fuerte tono modernista y reconoce que la era burguesa llevó a cabo una obra revolucionaria, el período que la sucederá debe ser el reordenamiento, consecuencia de esa intervención burguesa de efectos revolucionarios.[58]

El mundo sufre una transformación a la que no puede sustraerse ningún grupo ni región. Jünger insiste en la necesidad de aceptar esta premisa: la tecnificación no se detendrá y el mundo ha adquirido el aspecto de un taller. Ello significa que el trabajo es un modo de vida, pero radicalmente diferente al del trabajo tradicional, como maldición bíblica o al del trabajo entendido como en el siglo XIX, correlato de un mundo económico, pues en el mundo actual "[…] todo medio tiene […] un carácter provisorio, un carácter de taller, y está destinado a ser empleado durante un tiempo limitado".[59] Lo propio del trabajo en la época de la movilización total es que él también adquiere un carácter total. En otros términos, el trabajo y el proceso de movilización total son idénticos. Todas las situaciones se conciben como trabajo, el espacio de trabajo es ilimitado y todas las actividades humanas pasan a regirse a partir del aumento constante de la curva de rendimientos, con la resultante de un estado donde lo único permanente es la provisionalidad:

> Lo peculiar de nuestra situación […] consiste en que nuestros movimientos están regulados por la coerción del récord y que la medida de los rendimientos mínimos que se nos exigen se extiende indefinidamente. Estos hechos impiden absolutamente que la vida pueda consolidarse en órdenes seguros e indiscutibles. La forma de vivir se asemeja más bien a una carrera mortal, en la cual todas las energías deben tensarse al máximo, a fin de no quedar en el camino.[60]

[56] "Esta industria, este comercio, esta sociedad, están condenados al hundimiento, cuyo aroma brota de todas las rendijas y grietas del conjunto. Aquí se presenta a la vista nuevamente el paisaje de las batallas de material, con todos los signos de la atmósfera mortal. Por cierto están a la obra los salvadores y la vieja disputa entre las escuelas individualista y socialista, esto es, el gran monólogo del siglo XIX, se ha desencadenado a nuevos niveles, pero eso no cambia en nada el viejo proverbio de que 'contra la muerte no hay cosa fuerte'." *Ibid*., p. 113.
[57] *Ibid*., p. 112.
[58] "[…] el proceso de industrialización y tecnificación tuvo como primer órgano de realización al individuo burgués y se llevó a cabo en el marco del concepto burgués de libertad". *Ibid*., p. 212.
[59] *Ibid*., p. 165.
[60] *Ibid*., p. 171.

De ahora en adelante sólo serán posibles dos paisajes: el del taller y el del combate. Este proceso se manifestó por primera vez hacia el final de la guerra, con la aparición de un nuevo género de armas y nuevos procedimientos de lucha. Ello no fue simple producto del azar o de la táctica, sino el inicio de un orden superior, cuya característica esencial es que en él son idénticos el frente de guerra y el frente del trabajo. Hay tantos frentes de guerra como frentes de trabajo y se desarrollan armas que ya no distinguen entre combatientes y no combatientes, por lo que ya no se puede determinar cuál es el lugar en que se realiza el trabajo bélico decisivo. En esto consiste la "movilización total".[61] La guerra terminó, pero no la movilización, pues la disciplina que impuso sigue en pie y el país que muestra sus efectos de la forma más acabada fue el que decidió el curso de la guerra: los Estados Unidos. Éste es el sentido de la afirmación de Jünger unos años atrás acerca de que Alemania había perdido la guerra por no ser capaz de alcanzar la situación de movilización total, sino que se mantuvo en una movilización parcial, propia del siglo XIX. En la movilización total se alcanza el unísono, como lo muestra el caso norteamericano: toda la sociedad está en la situación permanente de *disponibilidad* a ser movilizada; no sólo los rendimientos aumentan y los medios alcanzan resultados siempre superiores a los previstos, sino que, además, en el campo de la moral combativa, todos los miembros de la comunidad están convencidos de que la razón los asiste, pero ya no como bando, sino como humanidad. En consecuencia, los fundamentos últimos de la movilización total no son exclusivamente técnicos, sino que corresponden a una nueva configuración general de la sociedad, a un nuevo dominio, la posibilidad de organizar en cualquier momento un esfuerzo de guerra de acuerdo con una voluntad política determinada. Los Estados Unidos fueron capaces de alcanzar esa situación no sólo por su inmensa capacidad industrial, sino también por la existencia de esta disposición a la movilización de toda la sociedad, que, como Jünger señala, no puede excluir el plano de las ideas. Ese esfuerzo de guerra es inseparable de la inamovible convicción que orientaba la política del presidente Wilson: la identidad entre los intereses norteamericanos y los de la humanidad. Por ello Jünger insiste en que importa muy poco que los Estados Unidos fueran o no un Estado militar: lo relevante para la guerra moderna es que la capacidad de movilizar totalmente existía y que una vez terminada la guerra, la colaboración estrecha entre industrias y estado mayor sigue existiendo.[62] Este proceso es el desencadenamiento de la voluntad de poder descripta por Nietzsche: una vez que se puso en marcha, se extiende a todos los puntos del planeta, todas las relaciones se convierten en relaciones de dominio y servicio, los rendimientos siempre deben aumentar y no hay posibilidad de detener esta transformación, pues no está dirigido por una voluntad particular, al modo individualista del siglo XIX. Por ello Jünger sostiene que su posición es la de un "realismo heroico". Por una parte se debe aceptar la ineluctabilidad de este proceso, por la otra, se debe superar a los demás países y ponerse a la cabeza de él. De este modo logra combinar una apuesta por la tecnificación total de la vida con un nacionalismo que quiere hacer de Alemania el país que lleve este proceso a su culminación. Anuncia así el paralelo: "[…] éste es nuestro credo: la aurora del trabajador significa lo mismo que una nueva aurora de Alemania".[63] Su resul-

[61] *Ibid*., pp. 108-109.
[62] Sin embargo, cabe señalar que a pesar de esta comprobación, Jünger no se hace ninguna pregunta acerca de si la potencia industrial de los Estados Unidos puede ser igualada por Europa; es posible que esta ceguera se deba al impacto reciente de la crisis de 1929. Cf. Ernst Jünger, "Die totale Mobilmachung", en *Krieg und Krieger*, cit., pp. 14-16.
[63] *Der Arbeiter*, cit., p. 25.

tado es paradójico: Jünger presenta un modelo relativamente coherente de "modernismo fascista", que debe culminar en la militarización total de la sociedad y su absorción por el Estado. La figura del trabajador y la del soldado se identifican, ya que éste no es más que un trabajador de la guerra:

> […] el héroe de este proceso, el soldado anónimo, aparece como el portador de virtudes activas, como son el coraje, el espíritu de sacrificio y la disponibilidad, en su medida más elevada. Su virtud descansa en que es reemplazable y en que detrás de cada uno de los caídos en combate se encuentra listo el relevo en reserva. Su medida es la del rendimiento objetivo, del rendimiento sin palabrería; de ahí que él sea en sentido eminente el portador de la revolución *sans phrase*.[64]

Por su parte, una vez que se abandona la concepción contractualista de las relaciones sociales, el ejército se convierte en el modelo de toda articulación social, identificando de manera extrema dominio político y servicio. Llegado a este punto, la lógica argumentativa del ensayo se aleja lentamente de todos sus entusiasmos. El éxtasis futurista ante la máquina modela el significado del "realismo heroico" propugnado por Jünger, pero no puede ocultar la resignación creciente:

> […] el motor no es el soberano de nuestro tiempo, sino su símbolo, es la imagen simbólica de un poder para el cual la explosión y la precisión no constituyen antítesis. El motor es el audaz juguete de un tipo de hombre que es capaz de saltar por los aires con placer y que incluso ve en ese acto una confirmación del orden.[65]

En el rótulo "realismo heroico" las partes no están equilibradas: la impersonalidad del proceso descrito (por más que Jünger celebre en ella el final de la idea de individuo) predomina por sobre el heroísmo. El nuevo orden del trabajo abandonará la seguridad y hay "nuevos esponsales de la vida con el peligro". Pero el núcleo del "realismo heroico" es la aceptación de la funcionalización total de la vida.[66] Esta resignación implica también la disolución futura del nacionalismo. Alemania debe aceptar este proceso y llevarlo hasta las últimas consecuencias, convirtiéndose en la introductora de Europa en él. No obstante, la propia naturaleza de la transformación terminará disolviendo las nacionalidades en un gigantesco paisaje de trabajo. Las formulaciones de Jünger son ambiguas. Por un lado, postula la necesidad de superar la anarquía internacional existente mediante la absorción de los órdenes nacionales en un nuevo dominio indiscutible, lo que revelará su sentido oculto; por otro, la nación, al igual que la persona singular, no debe seguir concibiéndose según un patrón individualista, sino como representante de la figura del trabajador, esto es, como representante de una figura que excede

[64] Y agrega: "A consecuencia de ello retroceden al segundo plano todos los demás puntos de vista, incluso el frente en que se combate y se muere. Vistas las cosas desde aquí, existe desde luego una profunda fraternidad entre los enemigos, una fraternidad que permanecerá eternamente cerrada al pensamiento humanista". Cf. *Der Arbeiter,* p. 147.
[65] *Ibid*., p. 34.
[66] Refiriéndose a la situación de los soldados (que, como vimos, son una representación acabada del trabajador), afirma Jünger: "La fuerza de combate de la persona singular no es un valor individual, sino un valor funcional; ya no se cae [en combate], sino que se queda fuera de servicio". Cf. *Der Arbeiter*, p. 106.
[67] *Ibid*., pp. 192 y 188. De allí su rechazo a la Sociedad de Naciones, institución que responde a la imagen de la sociedad del siglo XIX, basada en ideas universalistas; *ibid*., p. 277.

cualquier orden nacional.[67] Sin duda, la obra puede leerse como un alegato imperialista; el nuevo dominio que reemplace la anarquía liberal, al menos en Europa, estará dictado por Alemania. Sin embargo, ese nuevo dominio que "garantice la paz de las aldeas [y] la concordia de los pueblos" está vivo "[…] en *los sueños de los cosmopolitas*, en la doctrina del superhombre, en la creencia en la fuerza mágica de la economía y también en la muerte hacia la que se lanza en el campo de batalla el soldado".[68] El cosmopolitismo, y no el nacionalismo, será el resultado del proceso por el que Alemania se convierta en el nuevo imperio conformador del dominio que supere la anarquía liberal-burguesa. Ello irá acompañado de la "perfección de la técnica", esto es, el momento en que ella alcance un punto de equilibrio que permita dejar atrás el paisaje del taller característico del mundo contemporáneo. Paradójicamente, el modernismo de Jünger culmina en la clausura de la movilización: la subordinación de la técnica y de la economía a un dominio superior tiene que traducirse en un orden, lo que implica una constancia de los medios y el fin de la provisionalidad permanente. El mundo actual se caracteriza por el movimiento permanente, el mundo futuro no, pues será, a diferencia del actual, que perdió toda medida, susceptible de cálculo.

De este modo, las reflexiones de Jünger alcanzan su punto más alto y, simultáneamente, comienzan a alejarse del nacionalismo que lo tuvo como su principal representante intelectual durante la década de 1920. Esta disolución del nacionalismo en el nihilismo de la técnica le permitió distanciarse del nazismo, precisamente en el mismo momento en que éste tomaba el poder. De ningún modo fue un opositor, pero rápidamente marchó al "exilio interior" e intentó evitar la utilización política de sus obras por parte de los nazis, sometiéndolas a nuevas revisiones, en las que quitó algunas de las invocaciones nacionalistas que justamente había agregado en las ediciones de la década de 1920. De este modo, logró permanecer al margen mientras Martin Heidegger y Carl Schmitt, sorpresivamente, otorgaban una adhesión entusiasta. □

[68] *Ibid*., p. 218 (cursivas nuestras).